



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12748

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 9 DE MAYO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA.—CAMBIOS.—DESCUENTOS.—
VALORES PÚBLICOS.—CUENTAS CORRIENTES
CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

Semana de sorpresas

Pequeñas ni pocas han sido las que nos ha servido la anterior semana. Nos referimos a las noticias de la guerra. Desde que comenzaron las operaciones estaba desconfiado que haría Rusia un esfuerzo colosal para aplastar á su enemigo; pero también era dudable que los japoneses harían cuanto pudieran por quedar vencedores, pues si Rusia interesaba en la contienda la plena posesión de la Manchuria, que no podía estar exenta de peligros en tanto no se anexionase la Corea, el Japón interesaba su propio porvenir, pues está claro que el día que los rusos se establecieran en la península coreana sería el primero de la decadencia del Japón. Sin embargo, no ha habido dudas desde el primer momento. La victoria habría de declararse por los rusos por que son los más y los más ricos. Ya lo dijo Napoleón el Grande; para obtener la victoria en la guerra se necesita dinero, dinero y dinero; y si sobre tenerlo se tiene un número de hombres doble ó triple que el del enemigo... ¡miel sobre hojuelas!

del famoso guerrero; tres meses llevamos de campaña y no han hecho nada notable los generales moscovitas.

Alexieff fracasó en Puerto Arturo dejándose ganar la partida por Togo, Makharoff tuvo el siniestro fin que le predijo un jefe de la armada italiana. Kouropatkine que se hizo cargo del ejército de tierra llevando consigo la confianza de sus compatriotas, ha inaugurado la campaña con un gran desastre.

Y ahí está la sorpresa, no la de los rusos, sino la de la opinión universal. Mientras que las operaciones se verificaron en el mar, servía de compensación á las victorias japonesas lo que se tuvo por acción traidora, es decir, la sorpresa de Port Arthur que puso fuera de combate los mejores barcos de los rusos. «Cuando se luche en tierra—se decía—veremos en qué quedan esas arrogancias de los japoneses».

Y en efecto, han comenzado las operaciones y no ha variado la fortuna. Los japoneses han quedado dueños del campo de batalla, apoderándose de numerosa artillería y muchos prisioneros.

«Esa es una estratagema de Kouropatkina»—se dijo; por que resultaba increíble tal desastre; y así llega á creerse, cuando al día si-

guiente, por distintos conductos, llega la noticia de otra gran batalla en que los rusos fueron derrotados y puestos en fuga dejando tendidos diez mil hombres. Mas en vano ha sido esperada la confirmación; ésta no ha venido, resultando la noticia un *canard*, ó una *bola* como decimos por aquí.

Lo que resulta cierto es que la escuadra de Port-Arthur ha sido por fin embotellada; que el ejército japonés ha pasado el Yalu; que la escuadra de Togo ha hecho un desembarco de importancia en la península de Lieo, Tung en cuya parte Sur se encuentra aquel famoso puerto; que éste está incomunicado por mar y por tierra y que el efecto moral que han producido esos reveses de los rusos ha de ser inmejorable para los japoneses y de efectos terribles para aquéllos.

Una escuadra inactiva; un buque volado; el mejor baluarte de la Manchuria sin comunicación; un ejército destruído; una plaza sitiada...

Nadie hubiese dicho al comenzar la guerra que el Japón iba á sorprender al mundo con tantas victorias. En adelante nada puede ya sorprender.

Percheleras

I
Aquellos besos tan fríos á los que me das prefero, porque aquellos los sentías y ahora me finges tus besos.

II
Quiero que cuando me muera coloques sobre mi pecho, aquella rosa encarnada que marchitaron tus besos.

III
El médico ya no quiere darme ninguna receta y dice que en ti consiste que me alivie ó que me muera.

IV
El sacristán de San Pedro se alegra al verme tan feroz

ve que de amores me muero y habrá un entierro de pago!

V
El cielo con ser el cielo me parece oscuro y triste para que allí tengas puesto.

VI
En la noche de mis penas iba brillando una luz, ¡de que se apagara pronto la culpa la tienes tú!

Narciso Díaz de Escovar.

TIJERETAZOS

Leemos:
«El Reichstag de Berlín ha aprobado un proyecto concediendo indemnización á las personas detenidas que se declaran inocentes.»

¿Qué quisicosas ocupan al Reichstag!
¿No es mucho mejor—como sucede aquí—echar á la calle el detenido sin decirle siquiera usted dispense?

Por supuesto, si entrara en España esa innovación y las indemnizaciones por detenciones las tuvieran que abonar los polizontes, como no se mantuvieran del aire... Como que no tendrían con el sueldo para indemnizar.

Pero... vamos, no quiera Dios que se les ocurra á nuestros ministros copiar de Alemania.

Si tal hicieran caeríamos en el extremo opuesto.

Ahora se detiene al llegar del alba porque no hay peligro.

Pero si lo hubiera de rascarse el botafallo, ni á Luis Candelas si resucitara se le echaría mano.

En la duda, abstente—diría la policía.

Y si ahora está como saben ustedes ¿cómo estaría luego la seguridad?
Hecha una lástima.

En Madrid se ha estrenado una obra titulada «Aves de paso» y al dar cuenta de ella un periódico se expresa de este modo: «La obra titulada «Aves de paso», estrenada anoche en Apolo, no fué del agrado del público.

Cuando la bautizó el autor con ese nombre ya sabía que iba á ser fugaz su permanencia en el cartel.»

De paso.

El Sr. Maura ha dicho otra frase. Aquí va tal como la publican los periódicos: «Ni me salen bien las cuentas ni navego bien.»

Tienen la palabra los ministros de Hacienda y Marina.

Caballero: ha llegado la hora de presentar las dimisiones.

Ha dicho el Sr. Maura que la que explotó el otro día en Barcelona fué un sencillo petardo; pero que al pasar por los periódicos se convirtió en terrible bomba.

Lo que se aumenta es lo que luce.

LA PARTIDA DE TUTE

¿Conocen ustedes ese juego de naipes? Si no lo conocen no les hace falta. ¿Qué tal será cuando el boticario de mi pueblo digo que debió inventarlo algún preso sentenciado á presidio para toda la vida?

En contra de esta opinión desfavorable, está la del galeno que afirma no haber un juego más decente; mas su opinión es interesada, porque al tal, cuando no acusa á sus compañeros los cuarenta los revienta cuando los tute.

¡Vaya una partidita!
Y vayan ustedes apuntando datos respecto al personal.

El hombre de los duros es el que primero acude á la reunión. ¡Vaya un tipo con suerte! Nocturnamente—así debe decirse—se gana un jornalito pasando ases y levantando treses. Y cuando hace el abanico, si las cartas son buenas, se le reviste el rostro de cierta beatitud y se relame de gusto que le dá.

Cuando acusa hay que verlo. El presidente de una audiencia no pone tanta solemnidad en sus palabras al anunciar audiencia pública! que el hombre de los duros al decir ¡las cuarenta! Esa frase instrumentada por Chapí sería el disloque.

El de la cáscara amarga es todo lo contrario. A primera impresión es bondadoso; pero en levantándole un tres se fuga la bondad. Y no digamos si le acusan un tute, ¡Dios bendito! Cualquiera día va á tener que sentir quien tal haga, porque se va á ver denunciado ante el juez por el delito de acusar tute de caballos.

Dígame *Tendisco*, que no las tiene todas consigo, pues temo ser él el primer denunciado por el delito grave de no cortarle

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 127

de hora quedaréis servidos... Juana, lleva una botella á esos señores para que se entretengan.
Jorge entró en la salita que se le indicaba, donde encontró con no poca satisfacción suya á dos jóvenes que conocía y habían sentado plaza como él; Carlos Rigaud, natural del pueblecito de Martincourt, había visto varias veces en Poilly, yendo á casa de Juan Castellan; era un mozo de buena indole, franco y rudo, casi un poco brusco, alegrillo de casaca, como el mismo lo decía á veces, pero siempre dispuesto á romper por todo por parecer bien y servir á todos.
—¿Vos aquí, Jorge? exclamó. Por ventura, ¿habeis hecho la misma honra que nosotros? Como quiera que sea, bien venido seas.
—Sí, Carlos, he sentado plaza.
—Nosotros también: Mi primo Garnier, y yo, hemos querido probar fortuna. ¡Oh! es toda una historia.
La criada entró con una botella y vasos.
—Mocita, le dijo Carlos, habéis de saber que tenemos un hambre rabiosa y una sed por el cielo, y que deseamos comer cuanto antes.
—Rebed un trago mientras se prepara la comida, que dentro de pocos momentos estará arreglada.
—Os decía, Jorge, que nos habíamos engañado... Mi primo Garnier por que no le han querido dar en matrimonio á la más hermosa chica de Beaumont, de

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 128

quien estaba enamorado; y yo porque mi padre me ha dicho más de veinte veces que no valgo para nada. Me he enfurruñado, y aquí me tienes caminando para Metz, muy decidido á probar que al menos valgo para soldado.

Pero vos que estábais como nadando en aceite en casa de vuestro padre, ¿cómo os habeis decidido tan ligeramente á un auto tan desesperado?

—Nosotros siempre tuvimos la idea de seguir la carrera militar; respondió sencillamente Jorge. Gustavo salió soldado y va á marchar inmediatamente, y yo he creído mejor no esperar á la nueva quinta.

—Habeis hecho perfectamente, y por mi parte me alegro, tanto más, cuanto de este modo podremos ir juntos, si lo tenéis á bien.

¿Cómo si lo tengo á bien? Yo me feifto sinceramente por haber tenido la fortuna de encontraros.

Los tres pertenecían al mismo regimiento, y se dieron palabra de continuar unidos y ser siempre camaradas á fin de ahorrarse lo más posible de los fastidios de la instrucción y aprendizaje.

—Pero vuestro hermano, preguntó Carlos, hubiera hecho muy bien en anticiparse como vos al llamamiento, lo cual le hubiera valido para escoger regimiento, mientras que así sabe Dios á donde irá á parar.

LOS DOS HERMANOS 131

Los dos hermanos se mantenían abrazados estrechamente y se abrumaban á preguntas.

—Y padre ¿como está? y nuestra madre, Mr. D'Arnay, y la señorita Eugenia? ¿Cómo es que tan pronto has venido? preguntó Jorge.

Después de las primeras emociones de una alegría tan natural, Gustavo informó á su hermano de todo lo ocurrido.

—Ahora lo se todo, le dijo; yo no te conocía, hermano, ni presumía todo lo que te debo.

—Dejemos eso, se apresuró á interrumpir Jorge; ¿te has anticipado al llamamiento?

—No, quería hacerlo de vuelta de casa D'Arnay, y durante mi ausencia padre había recibido mi pasaporte y la orden correspondiente. Salí á la madrugada del día siguiente con la esperanza de recobrar el tiempo perdido, y con la de encontrarte en Metz.

—Encontré aquí á Carlos Rigaud, á quien ya conoces, y á su primo Garnier, que han sentado plaza como yo, y por efecto de una casualidad feliz pertenecemos al mismo regimiento.

Nos quedaban seis días para seis leguas, á que nos encontramos en Metz, y Garnier propuso que pasáramos aquí tres para ver el país, y á esta casualidad debo la dicha de verte ahora.